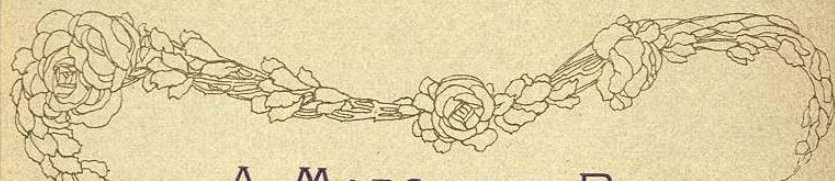


Tota illustratur felici funere vita.




A MARGARITA PEZA

*(hoy Sœur Maria R. Aquaviva
en el Convento de Champrosay
Seine et Oise — France).*



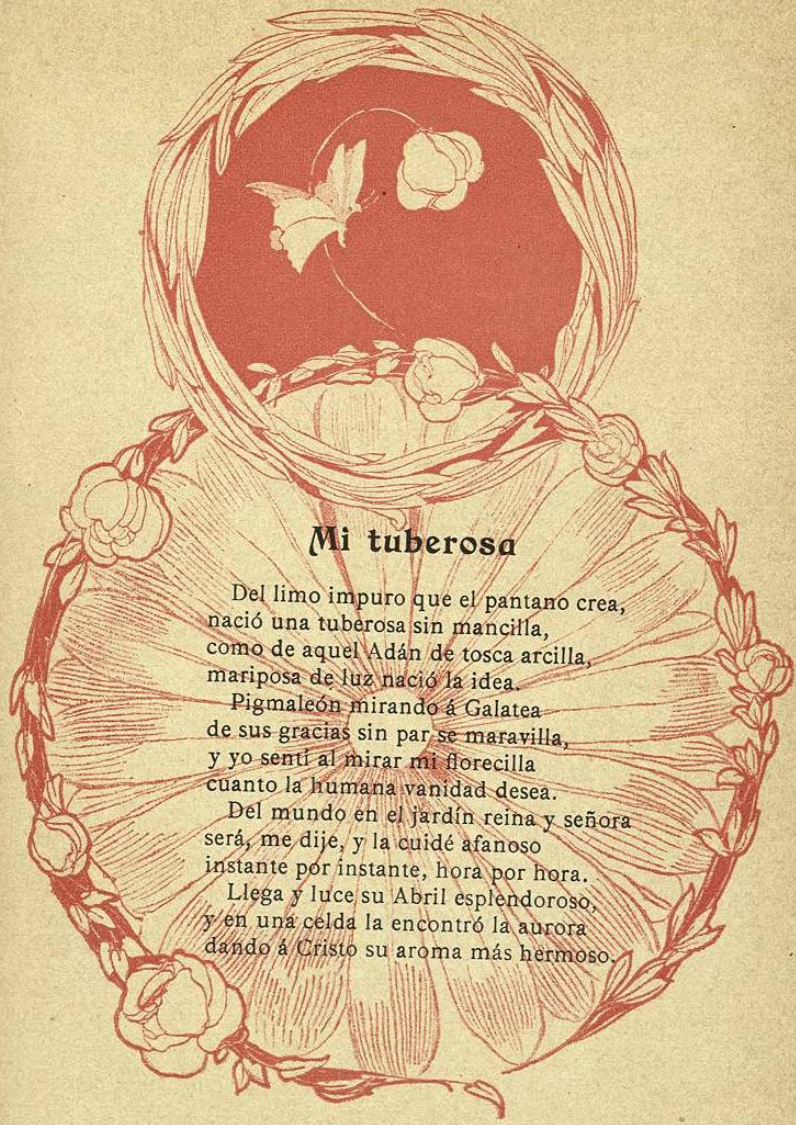
EN esta ofrenda bendita,
cada página va escrita
con lágrimas de pasión;
no es un libro, Margarita,
es todo mi corazón.

México 22 de Febrero de 1904



Á los lectores

¡Ah, perdonadme si á ofrecer me atrevo
á mi nuevo dolor un libro nuevo!



Mi tuberosa

Del limo impuro que el pantano crea,
nació una tuberosa sin mancilla,
como de aquel Adán de tosca arcilla,
mariposa de luz nació la idea.

Pigmaléon mirando á Galatea
de sus gracias sin par se maravilla,
y yo sentí al mirar mi florecilla
cuanto la humana vanidad desea.

Del mundo en el jardín reina y señora
será, me dije, y la cuidé afanoso
instante por instante, hora por hora.

Llega y luce su Abril esplendoroso,
y en una celda la encontró la aurora
dando á Cristo su aroma más hermoso.

Sólo su imagen

Ya vive tras los mares
mi tierna virgencita;
oculta en una celda,
postrada ante un altar;
ya no he de verla nunca;
de aquella Margarita
sólo el retrato ampara
mi solitario hogar.

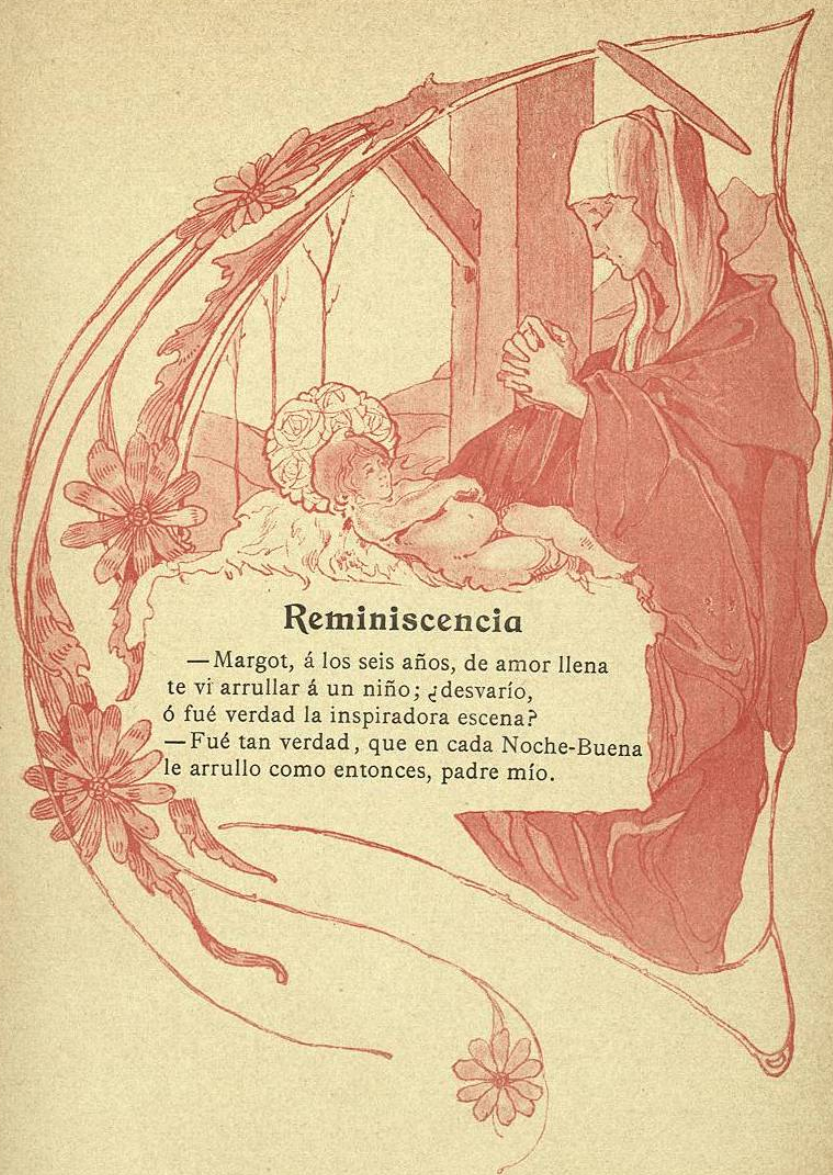
Las pompas de la tierra
juzgando siempre vanas,
lo eternamente puro
desde su infancia amó;
¿qué importa que hoy le falte
la sombra de mis canas,
si vive en ese ambiente
que su piedad soñó?

En el celeste armiño
de su conciencia pura;
en el divino nácar
de su alba juventud,
la gracia y la modestia
engendran su hermosura;
su escudo es la inocencia,
su fuerza la virtud.

En mi azarosa vida,
de tempestades llena,
fué el iris que presagia
la codiciada paz;
yo puedo ser el fango,
mas ella es la azucena
cuya pureza irradia
en su apacible faz.

Desde su edad temprana
maravillado he visto,
con hechos y plegarias
mostrar su vocación;
buscando en las alturas
al amoroso Cristo,
el inmortal esposo
que amó su corazón.

Con Él ya desposada
mi tierna virgencita,
se oculta en una celda,
se postra ante un altar;
ya no he de verla nunca;
de aquella Margarita
sólo el retrato ampara
mi solitario hogar...



Reminiscencia

— Margot, á los seis años, de amor llena
te vi arrullar á un niño; ¿desvarío,
ó fué verdad la inspiradora escena?

— Fué tan verdad, que en cada Noche-Buena
le arrullo como entonces, padre mío.



A un Crucifijo

Señor que en esa Cruz estás clavado,
viendo á tus pies la humanidad contrita;
por tu amor, por seguirte, me ha dejado
para siempre mi dulce Margarita.

¿Cómo llegar al claustro que la encierra?
¡No he de verla jamás! ese es mi duelo;
ya poco he de vivir sobre la tierra
y después... yo no sé si entraré al cielo.

Cuando te hablen de mí sus oraciones,
consuela á esa alma pura y afligida,
que en medio de mis negras decepciones
es la blanca paloma de mi vida.

Su recuerdo es el astro refulgente
que me da fe y valor cuando vacilo;
¡ah!, ¡cuánto diera por besar su frente,
mirar sus ojos y morir tranquilo!





Su voz

Estaba solo y oí
en mi estancia solitaria
una ferviente plegaria
que se elevaba por mí.
¿Quién está rezando así?
mi espíritu preguntó;
y la plegaria cesó,
y una voz dulce y bendita,
la voz de mi Margarita,
vibró clara y dijo: ¡Yo!





La Misa

I

Una fresca mañanita
de las que bendice Dios,
salimos yo y Margarita,
juntos al campo los dos.

Ella ajustaba seis años
cabalmente en ese mes;
yo, entre rudos desengaños,
ya contaba treinta y tres.

Hablamos de muchas cosas,
como es natural, pueriles,
pero importantes y hermosas
para sus pocos abries.

Y al pasar por la capilla
de olvidada y pobre aldea,
con su blanca torrecilla
envuelta en la luz febea;

fijó su limpia mirada
en aquel sagrado abrigo
y me dijo alborozada:
— «¿Oirás la misa conmigo?»

— Lo que quieras, hija mía;
ni te turbes ni me implores.
— Hoy es domingo; es el día
de misa de los pastores.

Ya les dice la campana
que vengan todos de prisa;
¡qué hermosa está la mañana!
Ven conmigo; ven á misa.»

Y al pobre templo olvidado,
obedeciéndola entré;
vi á mi ángel arrodillado
y junto me arrodillé.

Era una atmósfera pura;
¡qué humilde estaba el altar!
Orando en torno del cura
las muchachas del lugar.

En el sitio prominente
sólo una imagen había,
hermosa y resplandeciente;
¡la de la Virgen María!

Con el semblante contrito,
Margot al verla exclamó:
— «Acércate, papacito,
¡reza, reza como yo!»

Y el mandato obedeciendo,
hasta el altar la seguí;
las preces que fué diciendo,
fielmente las repetí.

— «¡Madre, deja que te ofrezca
no abandonarte jamás;
te lo juro, cuando crezca
seré tuya nada más!»

— «¡Qué dices?, — con infinito
miedo la pregunto yo.

— Nada, nada, papacito,
¡reza, reza como yo!»

Y ante aquel humilde altar
la niña mostró el anhelo
de no tener otro hogar
que el de las hijas del cielo.

II

Hoy que el tiempo ya ha pasado
no olvido el presentimiento,
ya verdad, ya realizado
tras los muros de un convento.

Y ayer volví á la capilla
de aquella olvidada aldea,
y al mirar la torrecilla
envuelta en la luz febea;

Y al ver bajo luz tan pura
resplandeciente el altar,
y orando en torno del cura
las muchachas del lugar;

volví los ojos buscando
al ángel de mi cariño,
y enternecido y llorando
lo mismo que llora un niño;

al campo ciego y de prisa
á buscar aire salí;
la campana llamó á misa,
pensé en Margot y volví.